

Zanderus tradujo la pregunta, y Fulcon contestó:

—¡Ulrica De-Elner!

Zbishko sintió hervir su sangre, y espoleando al caballo se lanzó hacia el caballero de Lotaringia; pero Endrek, interponiéndose, gritó:

—¡Aquí no os batiréis!

Zbishko dijo al alemán:

—Dile de mi parte que se ha enamorado de una coqueta.

Del-Lorsh soltó las riendas, y quitándose un guante lo tiró sobre la nieve, frente al caballo de Zbishko, quien indicó al techeque que lo levantase con la punta de su pica.

Endrek miró á Zbishko con aire severo y descontento.

—Os repito que no os batiréis mientras sea yo vuestro guía.

—No fui yo quien le desafié, sino él, que me arrojó el guante.

—Sí, pero antes le insultasteis vos. Acabemos, porque os advierto que también yo sé manejar la lanza.

—No me batiré con vos.

—Será preciso, porque he prometido defender á los huéspedes del príncipe.

—¿Qué debo hacer?—preguntó Zbishko.

—Muy cerca está Tzechanov.

—¿Qué pensará de mí el alemán?

—Vuestro intérprete le explicará que yo no permito el duelo.

Zbishko, viendo que era inútil insistir, rogó á Zanderus que explicase el asunto al caballero de Lotaringia.

De-Lorsh, oyendo las palabras del alemán, indicó con la cabeza que comprendía, y tendiendo la mano á Zbishko se la estrechó, lo que en lenguaje caballeresco significaba que estaba dispuesto á combatir donde quiera y siempre. Luego, como si no hubiese ocurrido nada, galoparon hacia el castillo todos juntos y llegaron al puente levadizo al anochecer.

Los caballeros fueron recibidos por Nicolás Dlugoliass, que era el comandante de guardia, quien les dijo que la corte estaba ausente, porque el príncipe, queriendo divertirse á sus huéspedes, había salido á cazar acompañado de las damas.

En el castillo no quedaba más que una de éstas, la cual recibió muy contenta á Zbishko, y le dijo que Danusia continuaba acordándose de él, sin riesgo de que le olvidase.

—Casi no la conoceréis,—dijo,—está muy alta y os quiere mucho. Solamente al oír vuestro nombre se ruboriza y se conmueve. ¿Y vuestro tío, cómo está? Danusia va todos los días á lo alto de la torre espiando la llegada de caballeros, porque siempre piensa en vos.

—Voy á abreviar los caballos, y corro á verla.

—Sí, pero tomad un guía, porque podéis extraviaros en el bosque.

Cuando Dlugoliass llamó á los caballeros para la cena, Zbishko pidió un guía.

Los templarios, que estaban rendidos, se acurrucaron junto al fuego y decidieron no moverse hasta descansar.

Solamente De-Lorsh declaró querer seguir á Zbishko, y acercándose á él, le estrechó la mano nuevamente por tres veces.

### III

No tuvieron ocasión de batirse, porque Dlugoliass, informado por Endrek, exigió á los dos caballeros que jurasen no batirse sin permiso del príncipe.

Zbishko, que ante todo deseaba ver á Danusia y no que-

ría oponerse al deseo de Dlugoliass, juró, y lo mismo hizo De-Lorsh, que era de índole pacífica. Según dijo, prefería combatir en torneos y justas á presencia de la corte, porque así se adquiría mayor gloria.

El país en que ahora se encontraba le era desconocido y escuchaba con mucho gusto el relato del viejo Dlugoliass, que habiendo estado mucho tiempo prisionero en Alemania, sabía su lengua y explicaba con mucha gracia las aventuras que le ocurrieron.

Cuando era media noche, Zbishko y De-Lorsh llegaron á Prasnish, los criados llevaban antorchas encendidas para ahuyentar á los lobos que á veces asaltaban en tan gran número y con tal atrevimiento, que eran peligrosos hasta para gente armada.

Pocos años antes, los lituanos, medio salvajes, iban hacia Masovia á través de los bosques y en 1337 bajaron hasta Tzechanov destruyendo la ciudad.

Matzko de Turboiev, el guía, contaba mil episodios de la guerra y De-Lorsh le escuchaba con gran atención porque anhelaba combatir con los lituanos, á quienes comparaba con los sarracenos.

El caballero había emprendido el viaje como el que va á una cruzada, queriendo conquistar gloria y pensando que podría combatir hasta con los habitante de Masovia, porque les creía medio paganos. Se extrañaba de ver iglesias, cruces y caballeros con imágenes santas en sus corazas; y un pueblo menos cruel que el alemán, así es que cuando supo que la difunta reina había hecho bautizar á los lituanos, quedó á un tiempo maravillado y descontento.

De-Lorsh preguntó á Matzko de Turboiev si en la selva habitaban dragones, á los cuales se ofrecen niñas para aplacarlos; pero la respuesta del viejo le quitó toda esperanza.

—En la selva hay muchos animales, lobos, búfalos, osos que pueden matarse, y en los pantanos habrá quizá hasta demonios, pero dragones... se desconoce el género, y si los

hubiera, en vez de ofrecerles nuestras hijas, les mataríamos. Ni siquiera los kurdos tienen cinturones de esos animales.

—¿Quién son los kurdos? ¿Se puede pelear con ellos?

—Sí, pero no conviene.

—¿Por qué?

—Porque son aldeanos.

—¿De qué habláis?—preguntó Zbishko que había oído la palabra «kurdos».

—De los tiradores de arco, de los kurdos y de los ingleses.

—Les he visto bajo los muros de Vilna y he sentido pasar sus flechas junto á mi cabeza; algunos afirmaban que se nos comerían crudos, pero en cuanto sintieron nuestras caricias, perdieron el apetito.

Matzko sonrió y tradujo las palabras de Zbishko á De-Lorsh, quien replicó:

—Por todas partes se habla del valor de vuestros caballeros, pero se les acusa de proteger á los paganos.

—Hemos defendido á un pueblo de persecuciones injustas; son los alemanes los que querían esclavizarlo.

—La Providencia decidirá,—repuso De-Lorsh.

—Quizá pronto,—dijo Matzko.

De-Lorsh, habiendo sabido que Zbishko combatió bajo los muros de Vilna, le preguntó una porción de cosas acerca de los caballeros que asistieron á aquellos combates, especialmente de una lucha que hubo entre cuatro polacos y cuatro franceses.

El príncipe de Lotaringa consideraba mucho á Zbishko, porque había tomado parte en muchos combates. Se alegraba de batirse con un guerrero renombrado y le hacía muchos cumplidos. En una de las posadas, De-Lorsh dijo que Ulrica De Elnor no era ninguna joven, sino una mujer de cuarenta años, madre de seis hijos.

Zbishko quedó asombrado. ¿El caballero de Lotaringa

se permitía compararla con Danusia, la casta virgen? Era preciso que no estuviera en su cabal juicio.

—¿No os parece un alocado?—preguntó á Matzko.—Quizá en su cabeza habita un diablo; es preciso ser prudentes, pues de noche podría muy bien pasar al cuerpo de uno de nosotros.

Matzko de Turboiev, aun cuando no tomara muy en serio aquellas palabras, empezó á mirar con inquietud al caballero alemán, y murmuró:

—La verdad es que alguna vez, en un sólo cuerpo, hay más de cien diablos, y que aburridos de ser tantos, procuran cambiar de habitación. El diablo peor es el que proviene de una mujer.

Volviéndose luego hacia el caballero sospechoso, dijo:

—¡Bendito sea el nombre de Jesucristo!

—¡Bendito sea!—contestó el noble alemán, demostrando alguna sorpresa.

El guía se tranquilizó. Si el caballero fuera un poseído no hubiera oído el santo nombre sin huir y hacer un millar de cabriolas.

Desde Tzechanov hasta Prasnish había poco trecho y en verano, con un buen caballo, se podía recorrer el camino en dos horas, pero ahora, por la mucha nieve y lo mal que estaba el camino, era preciso avanzar con mucha precaución, so pena de hundirse en los grandes baches repletos de nieve que podían dar un disgusto al mejor jinete.

La del alba sería cuando llegaron al pabellón de caza que estaba en el límite de la selva cerca de Prasnish.

El edificio era vasto, bajo de techo, y tenía ventanas con cristales, lujo inusitado en aquella época.

Delante tenía pozos y dos establos y alrededor cabañas que servían de habitación á los criados.

El fuego que ardía frente á la casa, iluminaba fantásticamente á los cazadores, cubiertos con pellizas largas y pesadas.

Algunos de los criados estaban apoyados en sus arcos

mirando las rojas llamas; otros, hacían redes con gruesas cuerdas, y algunos, ponían al fuego grandes trozos de carne de búfalo y alce que constituiría el desayuno del siguiente día.

Todo esto asombraba al caballero de Lotaringia, quien no estaba acostumbrado á ver partidas de caza tan numerosas.

—Vuestros príncipes,—dijo,—van á la caza como van á la guerra.

—Como podéis ver, no les falta nada.

—¿Qué debemos hacer?—interrumpió Zbishko,—todos duermen aún.

—Esperemos que se levanten,—dijo Matzko,—porque no es oportuno llamar á la puerta y despertar al príncipe.

Diciendo esto, condujo á Zbishko y á De-Lorsh junto al fuego; los kurdos ofrecieron carne caliente al oír hablar una lengua distinta de la suya, y formaron círculo alrededor del alemán.

De-Lorsh, habiendo visto entre la gente algunas mujeres que llevaban abrigos de pieles sin curtir, y eran bellas y regordetas, preguntó si también tomaban parte en la caza.

Matzko dijo que habían ido sólo por curiosidad, y para vender sus productos ó cambiarlos por otros.

La casa del príncipe era como un foco alrededor del cual se juntasen los dos elementos: ciudadano y campesino. Los kurdos no querían abandonar los bosques, porque no podían avenirse á dejar de oír el rumor de las hojas movidas por el viento y el canto de los pajarillos. Y los habitantes de Prasnish llevaban cerveza, harina y sal, que cambiaban por costosas pellizas, setas, frutos, ámbar y yerbas medicinales.

Así es que alrededor del pabellón de caza se formaba una especie de mercado cada vez que el príncipe, con toda su corte, iba al bosque para imitar la hazañas de Nemrod.

De-Lorsh escuchaba las explicaciones de Matzko y miraba con curiosidad aquel pueblo nómada que respirando el aire oxigenado de la selva, tenía un aspecto de robustez desconocido de los habitantes de las ciudades.

Absortos estaban los recién llegados contemplando el fuego, cuando de pronto se abrió la puerta del pabellón, y apareció una sala iluminada por muchas luces.

Un hombre salió. Zbishko conoció en seguida. Era uno de los trovadores de la corte, y el joven se precipitó hacia él con tanto anhelo, que De-Lorsh exclamó asombrado:

—¿Qué sucede?

—Nada,—contestó Matzko.—Zbishko está enamorado de una damisela de la corte y desea verla en seguida.

—¡Ah!—exclamó el alemán poniéndose una mano sobre el corazón.

Suspiró tan hondamente, que Matzko se encogió de hombros y murmuró para sí:

—¿Es posible que suspire así por su jamona? ¿tan destornillada tendrá la cabeza?

De todos modos, le condujo al interior de la casa y le hizo entrar en una sala adornada de cuernos de alces, búfalos y ciervos, que formaban extrañas sombras á la luz de la inmensa hoguera.

En el centro de la estancia había una mesa con tapete, llena de pucheros con viandas; alrededor estaban sentados algunos caballeros con los que Zbishko hablaba ya.

Matzko les presentó á De-Lorsh; pero como aquellos no sabían el alemán, tuvo que servirles de intérprete. El número de caballeros aumentaba; todos eran membrudos, de anchos hombros y enérgicas facciones. Los que conocían las aventuras de Zbishko le felicitaban como á un antiguo amigo. Otros le miraban con curiosidad, como se mira al que ha estado á punto de dejar la cabeza en el cesto del verdugo; todos estaban contentos con su presencia.

Entraron dos cruzados, Gugo De-Danfelf, síndico de Ortelsburg, y Sigfrido De-Love, alcalde de Jansborg. Uno

de ellos era de mediana edad, gordo, gran bebedor de cerveza, de sensuales labios y aviesa mirada. El otro era severo, alto, de nobles facciones.

El príncipe Janush apareció en el umbral de la puerta. Los cruzados se volvieron hacia él, y todos los presentes se inclinaron; el príncipe saludaba cortésmente. Tenía el rostro afeitado y el pelo corto sobre la frente y largo por detrás.

Las trompas sonaron para anunciar que Janush almorzaba; al tercer toque, se abrieron las puertas de la derecha y apareció la princesa Ana y con ella una niña de extraordinaria belleza con el cabello suelto y el laud á la espalda.

Zbishko se adelantó, arrodillándose ante ella en actitud de admiración devota.

Circuló por la sala un murmullo. El acto de Zbishko fué criticado por los hijos de la altiva Masovia,

—¡Estúpido!—decían los viejos.—Habrá aprendido esa costumbre de los extranjeros ó quizá de los paganos. Una cosa parecida no la hacen ni los mismos alemanes.

Los jóvenes insistían en que no era humillante el acto de Zbishko, pues debía su vida á la niña.

La princesa y Danusia no reconocieron de momento al joven, que estaba de espaldas al fuego y su rostro permanecía en la sombra; pero Danusia reconoció bien pronto al caballero, é inclinando la cabeza murmuró con voz angelical:

—¡Zbishko!

De un salto, estuvo Danusia en sus brazos y sin cuidarse de los presentes, le besó y volvió á besarle en los ojos, en los labios, estrechándole contra su seno.

La princesa tiró á Danusia del vestido, los caballeros reían, y Danusia, ruborizada, ocultó la cabeza en la falda de Ana, la cual hizo señal á Zbishko para que se levantara y le preguntó si su tío había muerto, y cómo no estaba allí si acaso vivía.

Zbishko contestaba con escasa atención á las preguntas que se le hacían porque estaba muy ocupado en mirar el rostro de Danusia, que aparecía y desaparecía entre los vestidos de la princesa.

Aquella escena había puesto de buen humor á todos, hasta el príncipe se regocijó; empezó la comida, y Ana, dirigiéndose á Zbishko, le preguntó:

—¿Quieres ser nuestro caballero, ahora y siempre?

Después, tomando por un brazo á Danusia, dijo:

—Y tú, loquilla, acaba con tus juegos, pues me arrugas el vestido.

La muchacha descubrió por fin su rostro y sus ojillos centellearon buscando al atrevido caballero.

No solo Zbishko, sino todos los presentes la miraron.

El síndico se levantó y De-Lorsh preguntó:

—¿Quién es esa linda muchacha?

El síndico, que era gordo y rubicundo, acercóse al alemán y le dijo:

—La hija del diablo.

De-Lorsh le miró con rostro severo y exclamó:

—No está bien que los caballeros se burlen de la belleza.

—Llevo espuelas de caballero y soy un monje,—dijo con altivez Gugo De-Danfald.

El respeto que inspiraban los caballeros que usaban espuelas de oro, era tan grande que De-Lorsh inclinó la cabeza pero dijo:

—Soy pariente del rey de Brabante.

En aquel instante el príncipe Januhs sesentó á la mesa y habiendo sabido por el alcalde de Jansborg el parentesco de De-Lorsh, le indicó que se sentara á su lado. En frente se sentaron la princesa y Danusia; Zbishko, como en Cracovia, se colocó detrás de sus sillas.

La joven trataba de que Zbishko no la viera el rostro y aquel contemplaba con admiración sus blondos cabellos, la rosada mejilla, y se enamoraba cada vez más. Se acor-

daba de los besos que le había dado en los ojos, en la boca, y comprendía que no eran los besos inocentes de otro tiempo; los de ahora abrasaban su carne, le inflamaban el amor.

Zbishko experimentaba la misma impresión, igual orgasmo que en los momentos en que Jaghenka le acercaba el rostro, las manos, el vestido. Era el amor, el despertar de los sentidos, que se afinaban al contacto de aquellos dos cuerpos jóvenes.

Danusia, entre el círculo de caballeros y el centelleo de los metales que adornaban los trages, parecía una flor, una bella flor, olorosa y resplandeciente bajo los besos del sol; todos la miraban con placer, en tanto que se codeaban para que se fijasen en la actitud de Zbishko que parecía estar en éxtasis.

De fijo que no advertía ni el estupor de De-Lorsh ni las miradas maliciosas del síndico, que á la roja luz de las llamas del hogar, parecía más gordo, más rubicundo.

Las trompas dieron la señal de partir. Zbishko se estremeció. La princesa le dijo:

—Vendrás con nosotros, quiero contentarte y hablaremos de tu amor.

Diciendo esto, fué con Danusia á prepararse para el viaje, y Zbishko salió al patio donde estaban preparados los caballos. Se apagaron las hogueras. La jornada se anunciaba feliz.

El príncipe montó á caballo. Un siervo le seguía llevando el arco y la lanza, que era tan larga y tan pesada que no podía manejarse, pero que Januhs esgrimía con rara facilidad.

En su familia hubo damas fortísimas que sabían retorcer el hierro entre sus dedos.

La princesa y Danusia llevaban mantos de marta; Zbishko se arrodilló en la nieve, tendió la mano y la princesa puso el pie en ella; después, ayudó á Danusia también á

montar, y estuvo galante como siempre estuviera con Jaghenka en Bogdanetz.

Hacia ya un rato que andaba la comitiva, cuando Ana, dirigiéndose á Zbishko, preguntó:

—¿Por qué callas? Habla con Danusia.

El joven, aunque animado por estas palabras, persistía en callar por timidez. Finalmente, después de abrir varias veces la boca sin decir nada, murmuró:

—¡Danusia!

—¡Qué quieres!

—¡Te amo!

No supo decir más.

Las palabras huían de sus labios y su pensamiento se obscurecía.

Conocía las costumbres de los caballeros, pero no las palabras que los nobles enamorados dirigen á sus bellas, mas después de haber cavilado largo rato, no pudo si no añadir, al «te amo» un «tanto, que me falta la respiración...»

La niña susurró:

—¡Yo también te amo mucho!

Y bajó los ojos ruborizándose. Ya sabía lo que era el amor.

—¡Tesoro mío!—exclamó Zbishko.

Calló. La princesa se puso á interrogarle:

—¿De modo que te aburrías sin ella? Si hallas ocasión propicia para dar un beso en la boca á tu novia no te detengas por mí; no harás más sino demostrarle tu afecto.

El caballero se alegró al oír las palabras de la princesa y esplicó á la niña cuánto se aburría en Bogdanetz donde solo veía á Matzko enfermo. De Jaghenka no habló una palabra. Y en verdad que no se acordaba ya de ella, dominado como estaba por su pasión por Danusia, á la que hubiese querido abrazar y cubrir de besos.

Pero no se atrevía á hacerlo en presencia de todos. Pero esperó el momento en que el camino daba una vuelta, y

entonces acercó su rostro al de la niña, pero como los arbustos estaban sin hojas, algunos caballeros se percataron de aquella acción atrevida y la comentaron.

Gugo De-Danfelf y Fulcon De-Lorsh dijeron:

—La ha besado delante de la princesa, de fijo que se casan pronto.

—Es un guapo mozo.

—Son como el cuerpo y la sombra.

El síndico se dirigió á De-Lorsh y le preguntó:

—¿Querriáis ser el caballero aquel á quien el mago Merlin... (1)

—¿Y vos?—interrumpió De-Lorsh.

El cruzado, que tenía una naturaleza propensa á las pasiones, exclamó:

—¡Sí, pardiez!

Pero en seguida añadió:

—Soy monje, y he hecho voto de castidad.

Miró á De-Lorsh, para ver si se sonreía, porque la Orden gozaba de muy mala fama especialmente en punto á amorios. Pero De-Lorsh, que no era malicioso, se limitó á preguntarle:

—¿Por qué me digisteis en la mesa que Danusia era hija del diablo?

El síndico contó la historia de los Zlotorii; dijo que los cruzados habían conseguido aprisionar al príncipe y su séquito; que la madre de Danusia murió del susto, y que Jurand de Spichov juró vengarla, matando todos los cruzados que pudiera.

Danfelf, hablando se acaloraba, porque sentía odio profundo por el terrible guerrero, pues una vez, al hallarse frente á frente á Jurand, sintió tal pavor, que abandonó á

(1) El caballero Ungher enamorado de la virtuosa Igherna, mujer del príncipe Gorlass, tomó la figura del marido, gracias al mago Merlin y después de haber yacido con ella, tuvo un hijo que fué el rey Arturo.

sus soldados y corrió á esconderse en Tscitna, donde enfermó del susto.

Al convalecer compareció ante el tribunal de la Orden, porque juró por la cruz que su caballo era el que tenía la culpa de aquella fuga, pero de todos modos, se le inhabilitó para los altos cargos de la orden.

El templario no dijo nada de aquello á De-Lorsh, pero habló tan mal de Jurand, de su crueldad y de la mala índole del pueblo polaco, que el príncipe de Lotaringia, se asombró, apresurándose á preguntar:

—¿Ahora no estamos entre polacos, verdad?

—No; pero los masovianos, son de su misma raza. Si Dios hubiera permitido que la espada alemana destruyera esa nación...

—Decís bien; ni siquiera un pagano osaría cometer los desafueros que ha perpetrado ese; construir un castillo en vuestras tierras!

—El castillo, fué construído para combatirnos á nosotros, pero Zlotorii está en sus dominios y no en los nuestros.

—¿Cómo acabó la guerra?

—No había guerra.

De-Lorsh, miró con asombro al templario.

—¿Cómo, en tiempo de paz, agredisteis á las mujeres porque el príncipe construyó un castillo en sus propios dominios?

—Para la gloria de la Orden y del cristianismo, toda acción es honrada.

—Páreceme que ese terrible caballero es menos culpable de lo que decís.

—Quien levanta la mano á un templario es un hijo del diablo.

De-Lorsh quedó pensativo y hubiera contestado al síndico, si no llegaran á una planicie nevada en la cual todos los caballeros y el príncipe desmontaron.

IV

Los cazadores expertos, pusieron á los demás en fila al rededor de la esplanada, á fin de que pudieran tirar mejor con el arco y con la ballesta. Junto á las redes, estaban los que sabían manejarlas, y los kurdos estaban en el bosque para hacer que las fieras fuesen hacia los cazadores.

El príncipe estaba en el centro; el mejor de los cazadores escogióle aquel sitio, sabiendo que de allí, solía salir la caza.

Januhs empuñaba el arco, tenía al lado su lanza y dos caballeros para defenderle.

La princesa y Danusia no habían desmontado, porque el príncipe pensó que así se salvarían mejor de las acometidas de un búfalo ó un jabalí.

De-Lorsh, que tenía permiso para ponerse á la derecha del príncipe, lo pidió para ser el defensor de las damas y permanecer á su lado.

Tenía consigo la lanza que sujetaba con fuerza.

Zbishko había clavado la suya en la nieve, y acercándose á Danusia la besaba á menudo la mano sonrosada y los cabellos de oro. De súbito, resonó el toque de un cuerno, que el eco repitió á lo lejos.

Los cazadores fijaron su mirada en la espesura, ansiosos de saber qué animal saldría de allí.

De vez en cuando se oía el graznido de un cuervo, y luego, todo quedaba otra vez en quietud solemne.

Aparecieron algunos lobos; al ver tanta gente, se asustaron, y trataron de huir.

Silbó una flecha, roja sangre salpicó la nieve, y los lo-

bos se dispersaron; algunos ciervos aparecieron también cayendo en las redes mientras los perros con los ojos sanguinolentos y los flancos heridos por sus enemigos ahullaban, aumentando la confusión general.

Espectáculo semejante no hubiera podido presenciarse sino en Polonia, donde los bosques eran vastísimos y estaban poblados de toda clase de animales.

El que se mostraba más asombrado de este espectáculo era De Lorsh.

Empezó por aburrirse porque no salía del bosque ninguna fiera, y blasfemaba entre dientes contra el frío.

Cuando aparecieron numerosas manadas de gamos, ciervos y alces de largos cuernos, lanzó un grito de admiración.

La princesa, mostrábase regocijada, y muy contenta, cuando conseguía matar un ciervo ó un gamo. Los señores de la corte tomaban parte activa en la caza.

Solo Zbishko no se cuidaba de lo ocurrido porque apoyando una mano en las de Danusia, contemplábala con admiración, y ella, aunque fingía que quería esconder su bello rostro, gozaba sin embargo al sentirse objeto de un amor tan grande.

De-Lorsh, advirtió que avanzaba un oso enorme, pero antes de que pudiese adelantarse hasta él, el príncipe le dió un golpe, y cayó al suelo,

Januhs, sonreía al pensar que no necesitó el auxilio de sus defensores, y De-Lorsh, pensaba que este era el único príncipe capaz de afrontar á tan tremendo enemigo.

Admiraba también á aquellos hombres gallardos, inflamados de ardor cinegético que golpeaban sin misericordia á las fieras evitando toda acometida.

La esplanada hallábase ya llena de animales muertos, pero la caza no tocaba á su fin todavía. Se había llegado al fin de ella, porque se escuchaba el mugir continuo de búfalos y jabalíes, que llegaban rechazados por los ojeadores.

Dificiles son de cazar tales fieras; por regla general, se apartan del camino del hombre y huyen de todos los lazos que le tiende, pero al verse acorraladas, su furor es tremendo.

Los búfalos mugían de un modo tan desesperado, escarbaban la tierra con tal furor, que casi todos los cazadores al oírlo, procuraban hacerse atrás para no recibir la primera embestida.

De pronto, uno de los búfalos, berrendo en colorado, de gran corpulencia, adelantóse hácia los cazadores, y bajando la cabeza y escarbando la arena, esperó que alguien le atacara.

Los cazadores gritaron:

—La princesa. Salvad á la princesa!

Zbishko se adelantó lanza en ristre y ya iba á herir á la fiera á caballo levantado, cuando de pronto una flecha lanzada por una mano tan diestra como imprudente, hirió al cornúpeto en la paletilla. La fiera al sentirse herida, se lanzó con la cabeza baja hacia su enemigo que era Danusia, la cual inconsciente del peligro gritaba:

—Le he tocado?

Mal lo pasara la alocada niña, á no ser que rápido como el rayo, hundiendo las espuelas en los hijares de su caballo, De-Lorsh blandiendo la lanza, cortó la carrera al animal. Al ver el obstáculo inesperado, acometió el animal para derribarlo, mas al mismo tiempo, sintió hundirse en sus carnes la acerada lanza. Pero ésta, débil y quebradiza, rompióse contra el cuerpo del búfalo, el cual de una cornada, desgarró el vientre del caballo derribándolo á sus piés.

Al ver el peligro que corría De-Lorsh, Zbishko acometió á su vez, pero su lanza, mal dirigida quedó enhebrada en la piel del búfalo que tirando un derrote en lo alto, derribó al atrevido cazador y no le hirió de muerte, gracias á su coraza,

Cruzados.—Tomo I.—13

UNIVERSITY OF CALIFORNIA  
LIBRARY  
"ALFONSO REYES"  
1525 MONTERREY, MEXICO



Pero ciego de furor por las heridas recibidas estaba pateándole furiosamente, cuando apareció Glava, armado de una gran maza de hierro, y con ella rompió el frontal de la fiera, que se desplomó súbitamente para no levantarse más.

Aquella escena había ocurrido con tal rapidez, que cuando el príncipe y los demás caballeros se levantaron para auxiliar á los valientes defensores de la princesa, estos yacían ya derribados.

De-Lorsh, al ver que se aproximaba el príncipe, quiso levantarse, pero cayó pesadamente al suelo. Tenía un brazo dislocado.

Zbishko, por lo contrario, no daba señales de vida, y una espuma sanguinolenta manchaba sus labios.

Oyóse un grito agudísimo; era Danusia, quien lo lanzaba; al ver á Zbishko desmayado y pálido como un cadáver le creyó perdido para siempre, y sin cuidarse de nadie ni del peligro suyo, lanzóse hacia el pobre joven.

De-Lorsh, que también estaba desmayado, abrió los ojos al advertir que la princesa estaba á su lado. Y como en sueños murmuró:

—¿Estoy acaso en el paraíso, es un ángel quien me mira?

En aquel instante, se acercaba el príncipe con los demás caballeros, pero antes que llegase, viendo á Zbishko inmóvil dió una gran voz, y dijo:

—Por mi culpa está así, por defenderme.

El príncipe ayudó á levantarlo y le dió las gracias por su valor que apartó todo peligro de la persona de la princesa y le dijo que á su fama de caballero podía desde entonces añadir la fama de gran cazador.

—Puesto que hoy son tan pocos los hombres de verdadero valor, permaneced en mi corte, exclamó Janush.

De-Lorsh, al oír las palabras del príncipe que era un jefe de un pueblo famoso por su valor, quedó tan impresionado, que casi no se acordaba de su brazo, pensando en

la gloria que adquiriría en la corte de Brabante y de Borgoña, al saberse allí que salvó la vida á la princesa de Masovetz.

Danusia estaba cerca de Zbishko, que después de abrir los ojos un instante, los volvió á cerrar, quedando desmayado.

Los cazadores, al ver que sus manos se cerraban convulsivamente y notando que respiraba con gran dificultad creyeron que todo había terminado. Pero los kurdos, que eran muy expertos en materia de caza y heridas, aseguraron que el joven viviría, puesto que tenía intacta la espina dorsal.

Lo que salvó á Zbishko fué que al ser acometido por el búfalo, cayó sobre un montón de nieve y esto amortiguó el golpe.

Mientras que el tcheque corría á buscar al médico de la princesa, los kurdos, llevaronle al pabellón de caza.

Danusia quería seguirle á pie, pero la princesa se opuso, porque el camino era largo y había necesidad de apresurarse.

Gugo De-Danfald ayudó á la joven á subir á caballo y le dijo:

—En Tscitna tengo un bálsamo prodigioso; me lo dió un ermitaño, y dentro de tres días lo tendré.

—Dios os recompense, dijo Danusia.

—Dios tome en consideración todas las buenas acciones, pero no me premiaréis vos?

—¿Cómo podría hacerlo?

El templario se acercó á la niña diciendo:

—En la Orden, no solo hay hermanos, sino también hermanas; una de ellas, traerá el bálsamo; en cuanto al premio, ya decidiremos.

V

El médico vendó la herida de Zbishko, que solo tenía una costilla rota; pero no respondía de su vida, porque temía que hubiese sufrido lesiones internas, acompañadas de conmoción visceral.

De-Lorsh, por la tarde experimentó gran debilidad y su brazo estaba inerte.

La princesa, Danusia y las otras damas, cuidaron de los heridos y prepararon unguentos y medicinas.

Zbishko tenía frecuentes vómitos de sangre, pero no perdió su lucidez, y habiendo sabido por Danusia que el teheque le había salvado la vida, llamóle para darle las gracias.

Glava le contestó:

—He jurado á Jaghenka que os defendería, y no quiero recompensa; á ella, pues, y no á mí, debéis la vida.

Zbishko suspiró.

—Si queréis que vaya á Bogdanetz, iré; quizá deseáis que vea á vuestro tío...

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que la crisis de vuestra herida se verificará á primeros del próximo mes; faltan cuatro días para ello.

—Entonces, no es preciso que vayas á Bogdanetz.

—Podrías enviar una carta, Zanderus, la escribiría, y así sabrías á punto fijo á qué ateneros.

—No, no... Si muero, volverás á Zgogelitz y contarás cómo ocurrió mi muerte, entonces podrán rogar por mí.

—He oído decir que el príncipe marchará en seguida hacia Tzechanov.

—Espero que no me dejarán solo, exclamó Zbishko; y se desmayó de nuevo.

Aquel mismo día la princesa pidió á su augusto esposo que le permitiera permanecer al lado de Zbishko.

De-Lorsh, que empezaba á abandonar el lecho, al saber que las señoras no marchaban, quiso permanecer á su lado, con el pretexto de defenderlas contra los sarracenos.

Nada debía sin embargo temer la princesa, porque, hermana como era de Vitoldo y prima de Jaghellon, potente rey de Cracovia, todos los lithuanos y masovianos la respetaban.

Por aquellos días se entibieron algo las relaciones entre Janush y sus huéspedes, los templarios; uno de ellos, que no era precisamente de la Orden, pero sí aliado suyo, el señor De-Fursi, trajo muy malas noticias.

Dijo que tres templarios habiendo oído hablar de Jurand de Spichov, en vez de atemorizarse por su nombradía, se atrevieron á desafiar al famoso guerrero, deseando poner á prueba su valor.

Uno de los síndicos se opuso, diciendo que había paz entre la Orden y el principado de Masovetz, pero después aprobó la intención y les concedió una escolta.

Los caballeros enviaron el desafío á Jurand, que aceptó con la condición de que licenciaran sus soldados y fueran á encontrarle en la frontera prusiana de Spichov.

No consintieron los retadores en tal condición, y entonces, Jurand les asaltó súbitamente, cortó el cuello á Meinegher y se llevó á De-Begrov, prisionero, encerrándole en Spichov.

Únicamente el caballero De Fursi, consiguió escapar con vida, huyendo á través de las selvas y llegando á Tzechanov para quejarse á Janush y pedir la libertad de De-Begrov.

Los templarios y el príncipe tuvieron un ligero altercado, porque aquellos querían que este castigara á Jurand.

—Si no tenemos justicia aquí, dijo el síndico, no nos

quedará otro recurso que quejarnos al gran Maestre, y entonces éste quizá obtenga lo que no pudimos obtener nosotros.

Al oír aquellas palabras, el príncipe, aún cuando era de índole pacífica y cortés tomó un continente altivo.

—De qué os quejáis? De qué justicia habláis? Es acaso Jurand el que os desafió y buscó querella? Dijo á los caballeros de la Orden que alejaran á sus soldados, no quisieron seguir su consejo, y por lo tanto no tienen derecho á quejarse.

Uno de los caballeros contestó:

—De-Begrov, debe ser puesto en libertad, porque su familia es de las más famosas de la tierra y una de las más famosas de la Orden, á la cual ha prestado grandes servicios.

—La muerte de Meinegher, afirmó otro de ellos, debe ser vengada.

El príncipe se levantó de un salto, pero acordándose que eran huéspedes suyos, trató de contenerse.

—Caballeros! contestó; lleváis una cruz en el manto, pues bien, en nombre de esta cruz y de vuestra conciencia contestad: «Jurand tiene ó no razón».

—De-Begrov debe ser puesto en libertad repitió De-Love.

El príncipe, lanzando un profundo suspiro, levantó los ojos al cielo como para pedir paciencia y Sigfrido añadió:

—La ofensa echa á la Orden no es la única, porque los templarios, han sido injuriados muchas veces. Ni en Palestina ni en Transilvania ni en los países medio salvajes, se les ha atacado como lo hace el asesino Spichov. Oh! príncipe, os pedimos la muerte del infame, no ya por una muerte, sino por mil, no por una gota de sangre, sino por innumerables saqueos que deberían atraer la ira celeste sobre su castillo maldito. Quién pide venganza á Dios? Nosotros. Quién llora? Nosotros, que en vano hemos pedido justicia á los hombres.

Janush, inclinó la cabeza:

—Recuerdo que una vez,—dijo,—los templarios iban á Spichov, y eran bien recibidos por Jurand; éste declaróles únicamente la guerra cuando mataron á su mujer. ¡Cuántas veces vosotros, habéis asaltado su propiedad y puesto precio al puñal de un asesino, que le matase á traición! Verdad que Jurand os ha combatido, pero los caballeros del Temple, ¿no asaltaron pacíficas ciudades arrásandolo todo y matando hasta á los niños? Cuando me he quejado al gran Maestre me contestaba: «Son las querellas de las fronteras, y no hay sistema de atajarlas» No sois, pues, vosotros quien podéis quejaros, sino yo, que que fui preso en plena paz, y que, sin la mediación del rey de Cracovia, aún quizá estaría encarcelado. No sois, pues, vosotros quien para hablar de justicia.

Los templarios se miraron y De-Danfelf, dijo:

—El haberos preso, fué una equivocación, y fué reparada, libertandoos, no por miedo al rey de Cracovia, sino por amor á la justicia. En cuanto á lo que sucede en las fronteras, solo puedo deciros que lo mismo ocurre en otros estados.

—¿Persistís en pedir el castigo de Jurand?

—Sí, lo pedimos.

Janush apretó los puños murmurando:

—¡Dios mío! ¡Dame paciencia!

—Debéis tener presente que nosotros ofendemos solo á personas laicas, mientras vosotros alzáis la mano á los que pertenecen á la Orden, ultrajando así al Señor. ¿Qué castigo y tormento es bastante para quien escarnece la Santa Cruz?

—Basta, no pongáis el nombre de Dios en vuestra boca... y con su mano apretó de tal modo el hombro del templario, que éste se apresuró á decir con voz dulce:

—Si los templarios atacaron á Jurand, no se debe aprobar su conducta; pero, ¿es verdad que él aceptaba el desafío?

Diciendo esto, se volvió hacia De-Fursi que contestó:

—Quería que combatiéramos tres á tres.

—¿Estáis seguro de ello?

—Lo juro por mi honor. Tanto yo, como el caballero de De-Begrov consentimos, pero no Meingher.

El príncipe repuso:

—Gobernador de Tscitna, vos mejor que nadie sabéis que Jurand no rehusa el reto; si alguno de vosotros desea pelear con él, le concedo mi permiso, y en caso de que Jurand quede muerto ó prisionero, de De-Begrov quedará libre sin pagar rescate; no pidáis otra cosa.

Ninguno de los cuatro caballeros contestó; aunque eran expertos en el manejo de las armas, no se atrevían á luchar con Jurand, de quién conocían las hazañas. El caballero De-Fursi temblaba solo al pensar en el terrible guerrero.

—Le he visto una sola vez, y no deseo verle otra,—murmuró en voz baja.

Sigfrido De-Love, dijo:

—Los templarios no pueden pelear sin permiso especial del gran Maestre, y lo único que pedimos, es que De-Begrov quede libre.

—¿Pretendéis dictar leyes en este país?

—No, pero ya estamos cansados de vuestra vecindad, y el gran Maestre sabrá obtener justicia.

—Vosotros y el gran Maestre aprenderéis á temerme.

—Con el gran Maestre están los alemanes y el emperador romano.

—Y en favor mío, el rey de Polonia.

—¿Vuestra Alteza quiere, pues, hacer la guerra á la Orden.

—Si la quisiera, ya os hubiese atacado, pero sabed que no os temo.

—¿Debo decirselo al gran Maestre?

—Díle lo que quieras.

El príncipe movió el brazo con ademán amenazador.

—¡Cuidadol—dijo;—te he permitido retar á Jurand, pero si vuestros soldados invaden mi territorio entonces tu pagarás por todos.

Diciendo esto, salió con paso firme de la estancia; los templarios estaban lívidos.

—¿Qué sucederá?—preguntó Rotgher.

Gugo De-Danfelf, se acercó amenazador á De-Fursi.

—¿Por qué dijisteis que atacasteis vosotros á Jurand?

—Porque era verdad!

—Debiérais haber mentido.

—Vine aquí para batirme, pero no para mentir.

—¡Bien demostrasteis vuestro valor!...

—También vos huisteis.

Gottfrid observó;

—Es imposible que Jurand sea castigado injustamente.

Sigfrido añadió:

—El caballero De-Begrov, debe ser libertado; reunamos nuestros soldados y atacaremos á Jurand, ya es tiempo de acabar con él.

De-Danfelf, que era el más solapado de todos,—murmuró:

—Sin permiso del Maestre, no conviene atacar.

—Si triunfamos nos premiará.

—¿Y si resulta al contrario? ¿Si el príncipe nos ataca á su vez?

—Estamos en tiempo de paz y no lo creo.

—Es cierto, pero nosotros vamos á violarla; así puede atacarnos el príncipe, y fácilmente nos vencería.

—El Maestre nos ayudará y haremos la guerra.

De-Danfelf,—murmuró:

—El gran Maestre no quiere enemistarse con el rey de Cracovia y éste es muy amigo del príncipe Janush.

—De todos modos parece que la guerra va á estallar.

—¡Oh!—exclamó Rotgher;—si estuvieran entre nosotros Zaltzbach ó Sciomberg, el que mató á los hijos de Vitoldo, de fijo que venceríamos á Jurand.